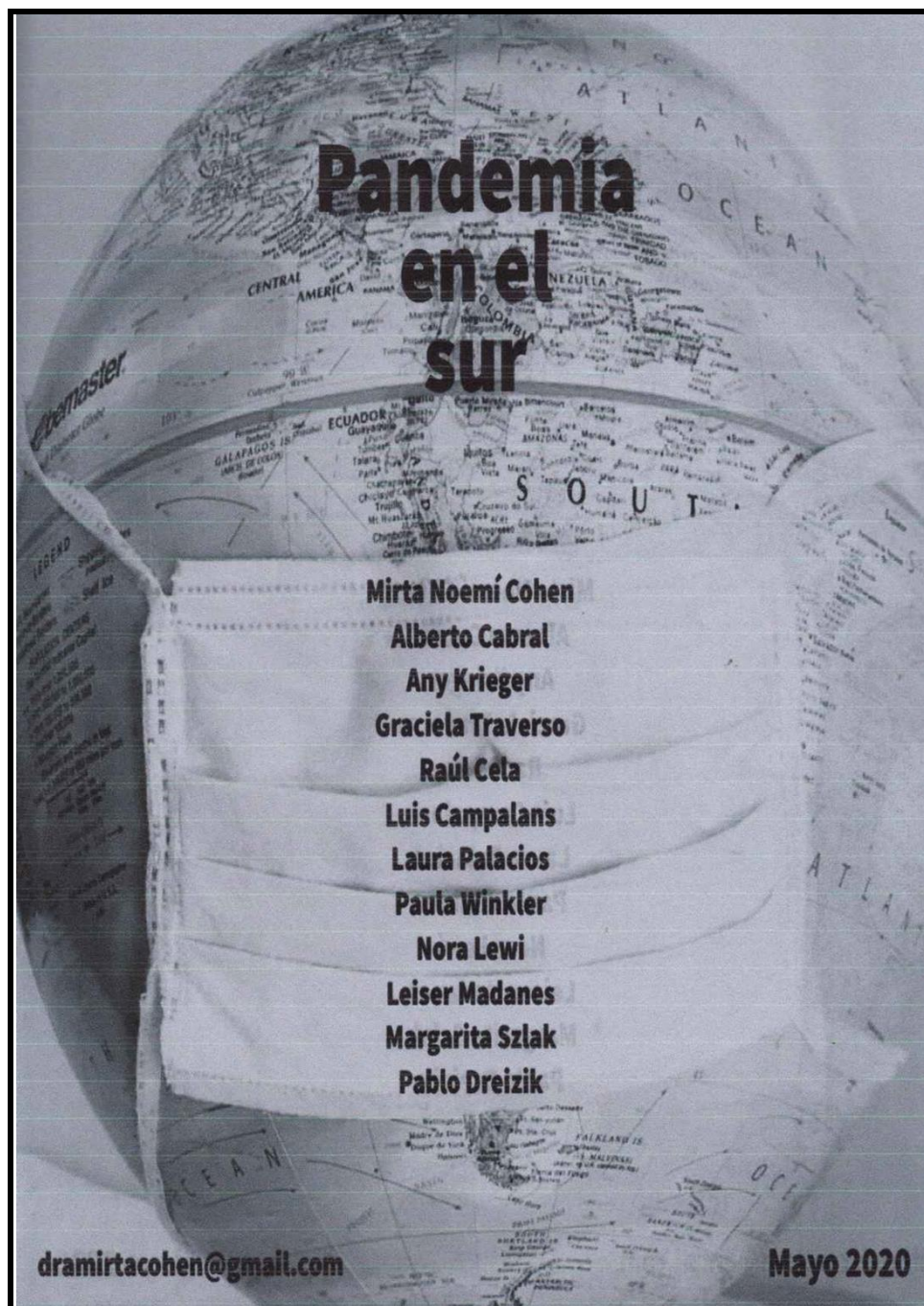


NUEVO LIBRO

LA PANDEMIA EN EL SUR

AUTORA DRA MIRTA COHEN

Y colaboradores



A modo de Introducción

Mirta Noemi Cohen

Psicoanalista, Ensayista

De repente, todo cambió en nuestras vidas. De abuelos cariñosos pasamos a ser ancianos moribundos y nuestros nietos posibles trasmisores.

El consultorio, vacío. Nadie entra nadie sale. Solo se puede atender por teléfono o WhatsApp, y ahora...

Como psicoanalistas entrenados para tiempos difíciles sacamos todas nuestras armas del escritorio y de nuestra cabeza. Tenemos que actuar pronto, no nos podemos quedar pensando si es lo mismo el teléfono que el diván, esto es una guerra, hay que estar cerca de nuestros pacientes y de todos los que nos necesiten, para eso estudiamos y nos preparamos toda la vida.

Y...nos pusimos a trabajar. Pero en el camino surgieron interrogantes entonces recurrimos al Zoom al Skype y a todo lo que estuviera a nuestro alcance. Tuvimos que reinventarnos para seguir.

Sabemos que el acto creativo suspende la locura, el arte, la escritura tiene como función poner un NO al caos de la locura y hacerse un nombre para dejar de ser uno más o uno menos...

Tenemos que desplegar las alas y volar. A cada paciente y a nosotros mismos debemos darnos una salida creativa del encierro narcisista. Parafraseando a Nietzsche, hacer de la vida una obra de arte. El lenguaje es la imagen de un sonido que nos sirve para transmitir a través de textos nuestro sentir. Como nuestra vida es nuestra obra de arte somos responsables de hacernos a través de nuestras obras, acciones, escritos.

Es por ello que invité a un grupo de amigos entrañables a escribir lo que quisieran en este tiempo de Coronavirus. Espero lo disfruten y que nos ayude a seguir creando redes y tejidos que nos unan.

Aislamiento y circum: el "duro deseo de vivir"

Alberto Cabral

Psicoanalista, ensayista

Afectados, como todos, por los impactos subjetivos precipitados por el aislamiento, los psicoanalistas hemos apelado a nuestro arsenal conceptual para intentar hacerlos más comprensibles. Se ha hablado, en ese sentido, de “situación traumática compartida”, se ha intentado trazar sus semejanzas y sus diferencias con las neurosis traumáticas y las neurosis de guerra descritas por Freud, se han mencionado insistentemente las pérdidas y el consecuente trabajo de duelo que nuestra actualidad exige...

Mi impresión es que las categorías de trauma y de pérdida, en tanto articuladas al deseo inconsciente, tienen para el psicoanálisis un sentido altamente singular: es -por otro lado- lo que los torna operativos en nuestra clínica. Es lo que hace difícil “generalizar” la condición traumática de un acontecimiento disruptivo, por impactante que resulte desde una perspectiva convencional, y es también lo que hace problemático imputar *a-priori* un estatuto de “pérdida-a-duelar” a -por ejemplo- la muerte de alguien que nos es próximo, o la cancelación de un proyecto. Es la temporalidad del *a-posteriori* la que permite verificar, en el caso por caso, la significación de trauma o de pérdida: apresurarse a otorgarla, o darla por descontado, supone teñir con los propios prejuicios el acceso a la subjetividad de nuestros analizantes.

Mi impresión, también, es que los psicoanalistas contamos en cambio con algunas categorías que sí pueden sernos de utilidad para captar algunos fenómenos subjetivos compartidos a escala comunitaria. No tienen el estatuto de una formación del inconsciente: no presentan, entonces, ese rasgo de singularidad que es propio del *lapsus* o el síntoma. Son indicadores, en cambio, de alteraciones en la estabilidad del plano imaginario: su incorporación a la clínica psicoanalítica es el producto de una “apropiación crítica” de hallazgos de la observación psiquiátrica. El *transitivismo*, estudiado por la psiquiatría infantil, es uno de ellos; pero en el que me voy a detener, es en el *extrañamiento*: puede brindarnos pistas para captar aspectos de la conmoción subjetiva que, en grados variables, estamos atravesando.

Quién de nosotros, en el curso de un viaje, no ha atravesado la experiencia -fugaz pero inquietante- de extrañamiento, al despertar súbitamente en un cuarto de hotel poco frecuentado? La luz tenue que ingresa aún tímida por las ventanas se resiste a dibujar los contornos familiares y consabidos de nuestra habitación casera e insinúa en cambio un escenario ajeno y desacostumbrado. Padecemos la literalidad de la sentencia de Ortega: “uno es uno y sus circunstancias”... al extremo de que si estas se modifican, dejamos de ser el “uno” en que nos reconocíamos.

La etimología nos ayuda, como seguramente ayudó también a Ortega: *circum*, lo que nos rodea. *Stare*, estar; y por extensión, permanecer. Si lo que habitualmente nos rodea deja de “estar” ahí... nuestro sentido yoico de permanencia y continuidad queda también amenazado. Es un fenómeno que forma parte de la psicopatología de la vida cotidiana: todos estamos expuestos a padecerlo, por poco que se conjuguen las coordenadas que lo hacen posible. No es patrimonio, entonces, de una estructura psicopatológica particular.

La psiquiatría clásica -que disponía de un tiempo para la observación clínica que el efectismo de los psicofármacos parece haberle hurtado- exploró sus bordes. La *despersonalización* y la *desrealización*, son registros afines al extrañamiento, que acentúan algunas de sus facetas: el sujeto se siente “desconectado” de sí mismo y sus procesos mentales en la primera, de su realidad en la segunda. En ambas es habitual la referencia a percibirse “como un observador externo, como en una película”.

La aproximación psicoanalítica -en particular el “modelo óptico” desarrollado por J.Lacan- ha contribuido a precisar la microscopía de estos fenómenos inquietantes. No es este el momento de ahondar en sus sutilezas. Digamos tan solo que, elaborado a partir de un experimento de física recreativa, el artificio ilustra la dependencia de la organización yoica respecto de los condicionamientos simbólicos que le otorgan consistencia. La mirada y los juicios del Otro, los hábitos (que también vienen del Otro) que encuadran nuestra cotidianeidad, son algunos de los múltiples componentes del “*circum*” que, para Ortega moldean al “uno” en el que nos reconocemos.

El aforismo de Ortega -que no era una referencia familiar para Lacan- parece anticipar en dos décadas algunos de los desarrollos del modelo óptico. Al punto que no sería un forzamiento decir que es la fijeza del *circum* (el espejo plano, en el modelo de Lacan) la que organiza, brinda estabilidad y continuidad al sentimiento yoico. Sus modificaciones, por el contrario, lo descompaginan.

Quienes tienen fresca la lectura de “El nombre de la rosa”, recordarán el rigor de las rutinas monásticas medievales. Las “horas canónicas” permitían una segmentación temporal de la jornada conventual, que inscribía cada franja de la cotidianeidad en una rutina compartida: brindaba a los monjes un sostén simbólico concentrado que les permitía prescindir de la multiplicidad de referencias simbólicas con que contaba, por el contrario, la vida habitual en las aldeas.

Eric Hobsbawm ha subrayado también el papel de las tradiciones (esos depósitos condensados de hábitos y rutinas) en la consolidación identitaria de las modernas corporaciones profesionales. Ha mostrado incluso que, contrariando la opinión habitual, muchas de estas “tradiciones” son en realidad invenciones recientes: se las rodea de una aureola de antigüedad para realzar su prestigio y potenciar su eficacia performativa. Su obediencia machacona proporciona un “*circum*” estable, que permite a cada quien

dramirtacohen@gmail.com